

Sobre *Refracciones*, del ecuatoriano Alfredo Rodas Reyes

Emilio del Río, SJ*

LUIS A. de Villena, cuando publicaba en 1971 *Sublime solarium*, encabeza la parte 1.^a con la frase famosa de William B. Yeats: «A thing of beauty is a joy for ever» —el lector puede hallarla en el comienzo mismo de *Endymion*, la obra más célebre del irlandés—. Al llegar a la 2.^a parte, citaba, en el texto «Inicial», otra no menos bella, de Walter de la Mare: «There is a wind, where the rose was». Ahí hay más que en la frase de los nominalistas, con que Eco cerró su novela más famosa *El nombre de la rosa*: «Stat rosa pristina nomine, nomina nuda tenemus». («La rosa antigua está en el nombre». —Pero si sólo está en el nombre que le dimos, el nombre no tiene a la rosa real—: «Tenemos nombres desnudos»). Y aun así, los nombres brillan como pepitas de oro. No es posible que sólo sean nombres vacíos. Hay en ellos un viento, hay una alegría, hay un aroma para siempre.

* Escritor y crítico literario. Valladolid.

Los poemas de *Refracciones*, oro en el lecho del río, en el tiempo del barro, ¡qué testimonio tan vivo traéis, cómo se irisa la voz! No; no son ciertos los vacíos. «No me interesan nada los vacíos» decía el P. Ángel. (Él, que llegó a la plenitud en su libro *Nueva Presencia*; o en *Dios en Blancura*). Las oscuras madrèporas de los silencios sólo esperan, como las plantas, a abrir sus esporas. La brisa late sacudiendo los versos —de una poesía desnuda que parece inmóvil—; pero si sabemos leer, vibran todas las palabras en un solo concierto de abejas y de miel.

Me encanta leerlo, oyendo, viendo. Dulcifica los años saber que un hilo ineludible pasa por el alma del agua y que la poesía aguanta los aguaceros del anochecer, un nombre para siempre.

El mundo que puebla *Refracciones* es a la vez el mundo de la naturaleza y el del ser personal. La naturaleza en sus cosas cotidianas, armónicas, vistas aquí como pasadas a imágenes vivas, como si su apariencia al aire abierto, al pasar a un medio de otra densidad —la hisperestesia del poeta—, los rayos se desviarán, de forma que las cosas mismas son vistas, así, desde otro punto de vista. *Refracciones*, sí. Tenía razón el poeta, católico, francés cuando decía que la poesía consiste sólo en desplazar el ángulo de visión («seulement à déplacer l'angle de vue»; Patrice de la Tour du Pin, en «L'École de Tess» de su enorme obra «*Une somme de Poésie*», en Gallimard).

Es como si el poeta nos trasladara a un mundo nuevo. A aquel en que las cosas reales, que nos acompañan o que sentimos, se nos hicieran luz. No he hallado una definición mejor de la poesía que la que escribe Ángel Martínez Baigorri, en carta a coronel Urtecho: «Todo está en que la vida, con todo lo bello que tiene la vida, se nos haga luz en la que somos nosotros». Estas refracciones de los seres desde el ser del poeta nos transmiten en su lenguaje armonioso y desnudo la visión atardecida y a la vez preauroral: la Iluminación.

Sólo el autor del *Iluminación*, 1973, ha podido escribir este otro libro. Los libros de poesía suyos, previos, fueron una preparación: *Orquestación*, 1954; *Del pasado* —prosa y verso—, 1968; *Desolación*, 1969, el libro en que el poeta, golpeado por la muerte de la mujer amada, Fanny Alicia Chaves, echó fuera en sonetos y poemas todo el dolor desolado, reciente, «sangrando a toda pluma» —como hubiera dicho Rosalía de Castro—. Luego se alejó en estudios notables, es académico, como el libro *Paul Claudel: Reflexiones sobre la poesía y Oda jubilar a Dante* —Oda que tradujo ahí mismo—, 1971. Al año, hace la antología *Lira Ibarreña*, 1972. Y fue en

1973 cuando nos pudo ofrecer el libro en que, como poeta, se nos dio entero: *Illuminación*. Ahí el dolor se había distanciado lo preciso, para que todo se convirtiera en luz. A la UCA de Managua nos llegó en 1974; vuelto yo de allá, «El Imparcial», de Guatemala, al cuidado del querido César Brañas, publicó nuestra interpretación jubilosa —21 de nov. 1974—. (El luminoso viejito César Brañas me había atendido muy amable, 1973, en mi estancia en la Universidad Landívar. En *Illuminación*, entre las críticas más notables a *Desolación*, incluidas al final, iba una glosa suya, penetrante y extensa).

Pienso sinceramente que es difícil poder comprender y valorar bien *Refracciones*, sin haber tomado contacto con *Illuminación*; porque ¿qué pueden ser estas refracciones sino sus proyecciones desviadas —como el atardecer se desvía hacia la hoguera en que se funden día y noche con estrellas?

La palabra aparece casi en el final, poema XL; el primer verso dice: «También hay *refracciones* que surgen de una hoguera»: —¿De dónde, sino del fuego, nace luz?— «Me quemo en la palabra» —en el verso; las brasas, las paradojas humanas: voz-silencio, cielo-tierra, vida-muerte, amor-dolor. «Y me quemo en la ausencia / de un hombro en que apoyarme / para dejar allí / mis dos últimas lágrimas».

Llegado ahí, sufre, no maldice. Crucificado espera «sujeto / al alto muro de todos los pesares». Partiendo en dos hemistiquios el primer verso, ha elegido: «¡No maldigo a la vida! Gracias Señor / porque me tienes en pie». Tras verse como un malhechor —en cruz—, la segunda estrofa renueva el resonar de Job, taladrando la noche: «Yo sé que pronto resonará tu voz / que atraviesa la distancia de los días / y en vez de caer, me alzaré para siempre / ungido de Fe».

A ese final llega con toda una vida confluyente, como aquellos rieles, la Amada y él, que él sabe se unirán en la distancia, hasta ser una aguja que le lleve al corazón de ella.

El libro está todo él abierto a la naturaleza viva, y a la interior —ya no a las nostalgias—. Su visión le da las refracciones de lo real mirado, le descubren el sentido que toda realidad señala más allá de ella misma.

El poema XVI, único soneto —libro admirable por su desnudez de temas directos y de formas retóricas hechas—, nos dice su *Poética* de ahora: No quiere recordar ningún dolor; mira sólo las cosas del olvido; pero guarda el don del Cielo: el don «de palpar con el deslumbramiento /

oculto de lo real y lo invisible»; sólo subir para «imprimir en el verso el acento de tu inmensa ternura».

Poética admirable; poesía que habla sola. El lector puede abrir y leer, tratando de seguir esa visión que de cada cosa obtiene, no su doble, sino su entorno, su «adentro» que diría Unamuno; su «eidos», o «erlebnis» —vivencia— que decía Husserl y adaptó Ortega: «lo que dicen los seres» como dijo Ramón Gómez de la Serna. (Los poetas de las últimas tendencias, en España, han sido materialistas en extremo, en su mayoría, para ver ese «otro lado de las cosas»).

He ahí unas muestras, breves, brillantes, como estrellas: «La noche en conmoción de claridades / va en el plumaje de las golondrinas». —«Si el sol recogiera sus centelleos / de entre las flores y las praderas / no existirían las mariposas». —«Por las laderas de la tarde, no sé si mi alma se despeña / hacia el gran mar de las auroras». —La concentración expresiva es extrema: hace recordar al director de la Biblioteca de Alejandría— a la vez Universidad y alto foro cultural— Calímaco: «El río asirio lleva muchas aguas y mucho barro (Homero); las sacerdotisas llevan a Demeter unas gotas de agua, pureza suprema»: —macron aoton—. Esto quería que fuera su poesía, el helenista. ¿No hay una vuelta ahí desde la poesía pura, años 20, hasta las últimas tendencias, en sus extremos lúcidos?

Pinos sensitivos; hojas secas veladas por el sol; tiempo de migración en la muda esperanza no visible; lluvia-lágrimas, río-roedor; lirios morados nacidos en la fuente misma de las lágrimas: «caída de los ojos de la mujer primera»; avispas y libélulas, en fuego y transparencia; mujer inarmónica «toda sombra me daña»; oquedad en la sombra, donde ella y yo «fuimos los más tiernos amantes»; silencio, que oye el murmullo de la luz; la flor del campo con su tiempo vital; sol de atardecer, y siempre el mar... poe-tizan sus breves escorzos líricos, como un temblor suave en la brisa.

Moda tras moda, hemos pasado —me refiero a la poesía española actual— de la existencia como pasión, a lo social como sucedáneo, al poema como ámbito de belleza de los llamados en su día —años 60— los venecianos, a la existencia, de nuevo, como pasión inútil —el propio Villena: en «Sigfrid muere» acaba: «Nosotros, lento Imperio al final de la decadencia»—; o bien, ahora mismo, a la experiencia, en su madeja posible de nuevas relaciones léxicas. La nota culturalista nació con Gimferrer y Colinas, se acentuó en los años 70: citas, temas, figuras, héroes o poetas: griegos, latinos, italianos, árabes, anglosajones. Seguían la onda que leían en el libro teórico de Claudio Guillén, en Gredos; pero la onda venía de

T. S. Eliot, cuando mucho antes afirmaba que una obra literaria vale lo que vale en la corriente de la literatura «from Homer», desde Homero.

Eliot, he ahí un anglocatólico que no silencia su fe; subyace en *The waste Land*, fulgura en momentos de los *Four Quartets*. Ayer mismo pasó, en Barcelona, de este mundo al Padre, un autor católico, que no lo ostentaba, pero que todos lo conocían tal, José M.^a Valverde. Mirad entre vosotros: están otros ahí; y no aceptáis leer como ellos sienten. Se admira Donald L. Shaw de que en España, ¿por qué? parece como si hubiera que ser ateo o agnóstico para ser escritor. ¿Esto es cierto? ¿por qué, hasta dónde, hasta cuándo? En ningún otro país europeo o no, sucede lo mismo.

Válgale a cada cuál su propio ingenio —en cuanto ingenio—. Válgale, a su propia vida y ser, su destino elegido, vivido, terminado —o suspendido—. Al autor de estas *Refracciones* según ellas son y según convergen al término, han de valerle sus palabras con su sentido, sus vivencias con su fe.

Cada cosa su aroma, su visión moderada que nos permite ver el rayo, no visible a los ojos sólo mortales; cada cosa y cada tiempo, toda la vida, llenándonos hacia la esencia del total Mensaje. Ahí están los poemas mismos: verlos palpar en la luz. Porque la luz que es la poesía, la palabra que se hace luz, encarnándose en lo real, es el alma del libro; y no puede anotarse, ni explicarse. Como las rosas, hay que saber mirar —no concluir con prisas apasionadas—. *Iluminación*: ahora en *Refracciones*; la misma luz, sobre las mismas cosas, de la vida, total.